

Terminados los preparativos para su marcha, se despidió de Catalina, dejándola con los ojos arrasados de lágrimas; se despidió de su hijo, fué al palacio del gobernador, en donde le reiteró de nuevo las promesas que le habia hecho, y á la madrugada del día 18 de Noviembre de 1518 partió la escuadra de Santiago, costeó la isla por la banda del Norte, llegó en breve tiempo á la villa de la Trinidad; los amigos que tenia Cortés en ella le auxiliaron con recursos y con hombres, se ofrecieron á acompañarle Juan de Escal, Gonzalo Meyra, Pedro Sanchez Farfan, todos esforzados adalides; se unieron á él más tarde Alonso Dávila, Jorge Gomez y Juan de Alvarado; desde la villa de Sancti-Espiritus acudieron á alistarse Alonso Hernandez Portocarretero, Rodrigo Rangel, Juan Velazquez de Leon, Gonzalo de Sandoval, y con estos capitanes, con los soldados que se agregaban, con las municiones, las armas y los caballos que recogia, se encaminó á la Habana, de cuyo puerto le hemos visto salir.

Indicamos que en la Habana le habia prestado grandes servicios Pedro de Barba.

En efecto; le salvó de las asechanzas de sus enemigos, que para apoderarse del ánimo de Velazquez emplearon hasta el recurso de la magia.

CAPITULO VIII.

Un astrologo.



HABIA en Santiago un viejo, llamado Juan de Milan, de origen italiano, que habia ido a aquellas tierras de marinerero en uno de los buques de Cristóbal Colon.

Antes de emprender aquel viaje, habia llevado á cabo otros muchos; habia permanecido algun tiempo cautivo en Argel, y todas estas vicisitudes le habian hecho maestro en el arte de vivir.

Cansado de las faenas marítimas, y viendo que con su gramática parda podria sacar gran partido de la ignorancia y de la incuria de los españoles que estaban en las colonias, abandonó su primitiva profesion y se dedicó á la de curandero.

Acercándose á los indios que conocian mejor las virtudes de las yerbas, pudo en breve tiempo aprovechar con éxito las que producía el país para curar ciertas enfermedades, y convirtiéndose en Galeno, comenzó á vivir bien con aquella industria, siendo respetado y admirado por los españoles y por los indios.

No contento con ejercer de aquella manera fraudulenta la ciencia de curar, recordando mañas antiguas, se hizo astrólogo judiciario, y pretendia que con sólo mirar á las estrellas podía leer en el porvenir, dar consejos para prevenir males y adivinar el destino de los pobres mortales.

Era una nueva industria, que aumentaba sus ganancias y los obsequios de que era objeto.

Dejó crecer su barba, blanca ya, su cabellera del mismo co-

lor, y formándose con una tela de algodón una especie de traje de nigromante, después de explotar la credulidad de los colonos de la Española, se trasladó á Santiago de Cuba.

Allí adornó su cuarto con calaveras y redomas, y toda esta operacion fué causa de que aquellas gentes, ignorantes las unas, y supersticiosas las otras, le acreditasen con su credulidad y le tuvieran por poco ménos que por un oráculo.

Los dos parientes de Velazquez, que desairados por el gobernador, querian vengarse de su desden y evitar que la expedicion fuese mandada por Hernan Cortés, buscaron al astrólogo Milan, y ofreciéndole unas cuantas láminas de buen oro que poseian:

—Necesitamos vuestros servicios, le dijeron, y este ha de ser el premio que en cambio de ellos os otorguemos. Pero tened entendido al mismo tiempo, que si no accedeis á nuestros deseos, si no coadyuvais á la realizacion de nuestros planes, jugais la vida....

El astrólogo, que era hombre de mundo, les contestó:

—Me poneis en una alternativa de las más difíciles. Deberia, para demostraros que no tengo miedo, aceptar la primera proposicion; pero os estimo tanto, que aun á riesgo de pasar por cobarde, decido ponerme á vuestras órdenes.

Y guardó silencio.

Poco despues dijo:

—Hablad.

—Es necesario que pidais una audiencia al gobernador para hacerle importantes revelaciones, y que una vez admitido en su presencia, le demostreis que al confiar del Yucatan á Hernan Cortés ha labrado su propia ruina.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

—Pues id tranquilos, que muy en breve quedareis satisfechos.

El astrólogo Milan conocia de sobra á Velazquez para poder dar aquellas seguridades.

Velazquez, ya lo hemos dicho, no estaba dotado de un gran talento.

Era una verdadera medianía, favorecida por la suerte.

En más de una ocasion, víctima de su aprension, cuando se sentia indispuerto ó subyugado por sus recelos, cuando vacilaba, que era muy á menudo, habia consultado al astrólogo, y éste habia tenido un buen acierto en sus pronósticos y en sus consejos, y aunque Velazquez no se atrevia á decir en público que le consultaba, la verdad era que tenia sobre él un gran ascendiente.

Al oir las murmuraciones que los enemigos de Hernan Cortés pronunciaban para desacreditarle, pasó por su imaginacion la idea de llamar al astrólogo y de pedirle consejo.

Pero temia que este consejo fuera contrario á sus propósitos, temia verse obligado por la influencia de aquel hombre á destituir al jefe de la expedicion, y como este acto equivalia á poner de relieve su debilidad, pudo más su amor propio que su incertidumbre, y desechó la idea.

Aún estaba en la Trinidad Hernan Cortés esperando los refuerzos que en aquella ciudad y en la de Sancti-Espíritus le proporcionaban sus amigos, cuando el astrólogo Milan mandó á decir al gobernador por uno de sus servidores que deseaba verle.

Velazquez se apresuró á recibirle.

—Vuestra visita me pone en cuidado, le dijo.

—Eso quiere decir que adivináis el objeto de ella.

—Tal vez.

—Me parece que no os equivocais. Creo haberos dado suficientes pruebas de afecto y de consideracion, y lo que es más, haberos demostrado repetidas veces que no en vano he empleado los mejores años de mi vida en consagrarme al estudio de una ciencia cuya importancia es tan grande, que puede, advirtiendo á

los hombres, apartarlos del abismo adonde las pasiones pueden llevarlos.

Después de mirar fijamente á Velazquez, prosiguió el astrólogo:

—Habeis tomado recientemente una disposicion, y no me habeis consultado sobre ella. No me quejo, ni lo extraño. Pero yo no soy rencoroso. Sois el jefe de la colonia, os debo respeto; sois además mi amigo: por eso vengo á distraeros en vuestras ocupaciones, á llamaros la atencion sobre un problema que habeis creído resolver, sin haber hecho otra cosa que complicarle.

Estas palabras alarmaron á Velazquez.

—¿Qué quereis darme à entender?

—He pasado muchas noches sin apartar mis ojos de las estrellas. Yo veo en su resplandor signos que no conocen los demás hombres. Ellas son en el cielo el reflejo del alma de los mortales. Cada hombre tiene una estrella, buena ó mala, y los que estamos familiarizados con ellas, sabemos á quién representa cada cual, y segun las alteraciones que sufre, podemos presumir el porvenir de cada uno de los mortales.

Velazquez oyó profundamente conmovido la narracion de Milan.

—Proseguid, le dijo.

—Habeis nombrado jefe de una expedicion á un hombre que es vuestro mayor enemigo, añadió Milan. Fijas mis miradas constantemente en la estrella de Hernan Cortés, he visto dilatarse su claridad, lo que prueba que una inmensa alegría reboza en el alma de ese caudillo, que el júbilo le embriaga, que su ambicion esta satisfecha, y que si alcanza el triunfo, no vendrá á rendirle á vuestras plantas. Dejará de ser soldado para convertirse en jefe, eclipsará vuestra gloria, destruirá vuestros proyectos y su grandeza implicará vuestra ruina.

—Tal vez exagerais.

—No, no exagero. Tambien he contemplado con asidua aten-

cion el astro que os protege, y he visto amenguarse su luz. Le he visto rodearse de un cerco oscuro; no lo dudeis, Cortés lleva en sus manos vuestra destruccion y su apogeo. Acaso aun sea tiempo de evitar el peligro que os amenaza. Capitanes ilustres hay en Santiago que pueden reemplazarle. Si no escuchais mis vaticinios, si no dais crédito á mis palabras, si persistís en vuestro empeño, no os lamenteis mañana, no dirijais acusaciones contra mí. Os veia caminar al abismo, quise tenderos una mano para impedir vuestra caída: cumplí con mi deber.

El astrólogo, dejando atónito á Velazquez, se retiró pausadamente.

Una lucha terrible se levantó en el alma del gobernador.

El acento profético de las palabras del astrólogo, la actitud de Hernan Cortés, las noticias que habian llegado hasta él de los refuerzos que adquiria por cuenta propia en la Trinidad y en Sancti-Espíritus, aquel vehemente deseo que demostraba de conquistar el Yucatan, de alcanzar una victoria; la envidia que empezaba á despertar en él la admiracion de que era objeto el valiente soldado, pudieron dominar al amor propio, despertar el recelo en su corazon, y decidirle á destruir su obra, rompiendo, si era preciso, toda clase de relaciones con Hernan Cortés, y arrebatándole el mando de la armada.

Era alcalde mayor de la Trinidad Francisco Verdugo, casado con una hermana de Velazquez.

Las últimas noticias que tenia, eran las de que Hernan Cortés estaba en aquella villa reforzando sus huestes.

Dominado por la envidia, despachó aquel mismo dia dos correos con una orden expresa para el alcalde mandando despojar súbitamente á Hernan Cortés del mando de la armada, y notificándole que ya habia nombrado persona que le reemplazase.

Hernan Cortés habia dejado al lado del gobernador una persona estrechamente unida á él por los lazos del interes: Andrés de Duero.

Este oculto aliado le dió conocimiento de lo que pasaba, al mismo tiempo que recibia la órden el alcalde.

La situacion no pudo ser más crítica.

Hernan Cortés llamó á sus capitanes y reunió á sus soldados. He sabido, les dijo, que Velazquez quiere destituirme; quiere separarme de vosotros, quiere renunciar á la empresa que nos ha hecho llevar á cabo, ó reemplazarme por uno de los intrigantes que le han hablado mal de mí. Por mi parte, estoy dispuesto desde ahora á abandonar el mando, si tal es vuestro gusto; pero si me prestais vuestro apoyo, si estais resueltos á combatir para aumentar vuestra gloria, para alcanzar los favores de la fama, para obtener nuevas riquezas, yo no os abandonaré; os seguiré y os guiaré en el combate, y el triunfo será nuestro.

Los capitanes y los soldados se mostraron dispuestos á seguirle.

—Sólo con vos iremos, exclamaron todos.

Únicamente Diego de Ordaz y Juan Velazquez Leon, aliados y servidores inmediatos del gobernador, se mostraron ménos resueltos.

—Por nuestra parte, le dijeron, con sentimiento, porque os estimamos, creemos deber obedecer las órdenes de nuestro superior.

—No condenaré esa lealtad, dijo Hernan Cortés; pero aguardad para tomar una resolucion á los sucesos que han de tener lugar en breve.

Acto contínuo fué Hernan Cortés á ver al alcalde mayor.

—Sé, le dijo, que habeis recibido una órden para destituirme.

—Es cierto.

—Pronto estoy á obedecer la voluntad de don Diego de Velazquez; pero ántes de cumplirla, consultad á los soldados que él ha puesto á mis órdenes, á los que se han unido á mí despues.

Ellos se han enterado de los deseos del gobernador, y están profundamente irritados.

No quieren abandonarme, no quieren que los abandone.

Dadle cuenta al gobernador de lo que pasa; decidle que jamas faltaré á la lealtad que le he ofrecido; que con los soldados, que hoy están dispuestos á pelear para castigar el ultraje que se me quiere inferir, aumentaré su gloria y su fortuna. . . . Por otra parte, si cumplís sus órdenes me poneis én una triste alternativa.

Yo no puedo aparecer cobarde ni débil ante mis soldados.

Deseo obedecer, pero las circunstancias me impiden que obedezca. Obrad ahora.

Esta actitud, á un tiempo diplomática y enérgica, influyó poderosamente en Francisco Verdugo, quien desde luego le manifestó hallarse resuelto á no dar cumplimiento á la órden de Velazquez, sino á aconsejarle que desistiese de su resolucion.

Diego Ordaz y Leon expresaron los mismos deseos.

Hernan Cortés escribió entónces al gobernador, y los consejos, las súplicas y la misiva de aquellos hombres fueron inmediatamente trasmitidos á Velazquez por un correo.

Al mismo tiempo envió por tierra á Pedro de Alvarado con parte de sus tropas, algunos caballos, y con el resto de sus fuerzas se embarcó, dirigiéndose á la Habana á esperar la resolucion del gobernador, dispuesto á jugar el todo por el todo.

CAPITULO IX.

Efectos de la astrología.



MIENTRAS Hernan Cortés tomaba las medidas que hemos visto, apoderados sus enemigos del gobernador, influían en su ánimo para que le destituyese.

La carta del caudillo fué desatendida.

El alcalde de la Trinidad recibió un oficio, censurándole por no haber obedecido ciegamente las órdenes que se le habían dado.

En cuanto á las súplicas de Velazquez de Leon, y de Orgaz, solo diremos que sufrieron la misma suerte.

Acto contínuo envió emisarios á la colonia para saber dónde estaba Hernan Cortés, mandando la orden de prenderle.

Ocho dias trascurrieron en esta operacion, dias de mortal angustia para una gran parte de los soldados del bizarro caudillo, por los motivos que vamos á referir.

Las embarcaciones de Hernan Cortés salieron precedidas de la carabela capitana, y anduvieron cerca una de otra durante algun tiempo.

Sobrevino la noche, con ella una terrible oscuridad, y los pilotos, poco prácticos en aquellas aguas, separaron las carabelas de la que llevaba á bordo á su jefe.

Al amanecer se encontraron en el puerto de la Habana.

Pero su pena fué inmensa al ver que la carabela capitana no parecia.

El gobernador de la Habana era Pedro de Barba.

Tenia ya noticia de aquella expedicion, y saliendo al encuentro de los soldados de Cortés, los hospedó en la Habana, ofreciendo su casa y su mesa á los capitanes.

Aguardaron todo el dia para ver si llegaba Hernan Cortés, y por la noche se aumentó su zozobra al ver que sus esperanzas no se habían realizado.

Los unos proponian que saliesen á buscarle dos carabelas.

Otros creian que era necesario nombrar un jefe que le sustituyese para mantener la disciplina de los grupos.

Y otros, por último, capitaneados por Ordaz, que no podia olvidar los lazos que le ligaban con Velazquez, pedian, en vista de la desesperacion del caudillo, que volviesen todos á Santo Domingo para recibir nuevas órdenes del jefe superior.

Discutiendo estas tres posesiones, sin tomar resolucion alguna, pasaron unos dias, y cuando ya estaban todos ellos á punto de dividirse por completo y de ir cada cual por su lado, apareció la carabela capitana.

Su ausencia habia sido ocasionada por un contratiempo.

Al llegar á unos bajíos que se hallan en el puerto de la Trinidad y en el de San Anton, á muy corta distancia del puerto de Pinos, quedó encallada la carabela en la arena, poniendo en gran peligro á todos los tripulantes.

Allí empezó Cortés á dar á conocer sus grandes cualidades.

En vez de atribularse, dominó con su serenidad de espíritu á todos los que le acompañaban.

—Las imprecaciones á los elementos son inútiles, dijo; vencer el peligro es lo que conviene. Obedecedme todos, y yo os aseguro que salvaremos nuestra vida y sacaremos á alta mar el buque.

Inmediatamente dispuso que se echasen al mar los botes y que en ellos se trasladase á una isleta ó arrecife todo el cargamento del navío.

Con esta medida no tardó en ponerle á flote, y cuando estu-

vo en plena mar volvió á cargar, dando gran prueba de prudencia y de tino.

Los días que permaneció ausente los empleó en estas manio-
bras, y al cabo de ellos se presentó á sus soldados.

Aunque lo hubiera hecho de expreso, no habria conseguido un triunfo tan grande como el que consiguió.

Pedro de Barba le hospedó en su casa.

El número de sus tropas se aumentó con algunos vecinos de la Habana.

Varios capitanes, entre los que la historia cita á Francisco de Montejo, á Diego de Soto, á García Cano y á Juan Sedeño se unieron á los que ya llevaba.

Los más ricos colonos le ofrecieron recursos.

Hernan Cortés ordenó á sus soldados que diariamente se ejercitasen en el servicio de las armas.

Hizo desembarcar la artillería para acostumar á los soldados á hacer uso de ella.

Dispuso que con algodón en rama entre dos telas de algodón tejido, hicieran los soldados una especie de cota, á la que llamó escampil, la más á propósito para librarlos de los estragos de las flechas de los enemigos con quienes iban á combatir, y con estos simulacros logró su intento, disponiéndose, cuando todo estuvo preparado, á partir para la conquista.

Fijóse el día, y como buen cristiano, mandó Cortés que se erigiese un altar en la playa para que los soldados oyeran misa ántes de partir.

El día anterior al señalado para su marcha, se presentó en la Habana Gaspar de Garnica, criado del gobernador Velazquez, con urgentes despachos para Pedro de Barba.

Era una orden terminante, sin apelacion, para que se apoderara de Hernan Cortés y le llevase preso.

—No imiteis á Francisco Verdugo, le decia, que ha sido débil. Estoy profundamente irritado con él, y sufrirá el castigo

que merece. Ved por mi enojo cuánto arriesgais si no cumplís mis órdenes terminantemente.

El emisario entregó á Diego de Ordaz y Juan Velazquez de Leon pliegos, en los que el gobernador les mandaba que se uniesen á Pedro de Barba para ajecutar la orden que les daba.

No bien entregó Gaspar de Garnica las cartas á las personas á quienes iban dirigidas, fué á buscar á Cortés.

Andrés de Duero era un fiel servidor y un buen amigo.

El mismo emisario le notificó lo que pasaba.